

Editorial

Desastres, gestión del riego y manejo de cuencas

La frecuencia con que la humanidad está siendo afectada por desastres asociados a amenazas naturales va en constante aumento. Webster *et al.* (2005)¹, luego de analizar los ciclones tropicales durante los últimos 35 años, concluyen que existe un fuerte incremento en el número y proporción de huracanes que alcanzan la categoría 4 y 5 en la escala internacional Saffir-Simpson. Esta tendencia al aumento de desastres es el resultado de un mayor riesgo resultante de la interacción de dos grandes factores: 1) un número creciente de amenazas naturales, especialmente de origen hidrometeorológico (80% de los desastres en los años 90 estuvieron relacionados con el agua: tormentas, inundaciones, deslizamientos y sequías) y 2) el dramático aumento de la vulnerabilidad como consecuencia del crecimiento demográfico, de las debilidades institucionales, de la pobreza, de la falta de planificación y ordenamiento territorial, y del uso inadecuado de los recursos naturales.

El riesgo es dinámico y cambiante en la medida que también cambian los elementos que lo producen; es diferenciado en la medida en que no afecta de la misma manera a los distintos actores presentes en una comunidad; es latente y potencial, y su grado depende de la intensidad probable de la amenaza y los niveles de vulnerabilidad.

En muchos países y regiones, el aumento de la vulnerabilidad es, en gran parte, el resultado de la pobreza creciente que provoca la expansión de los asentamientos humanos y lleva la actividad productiva a lugares de riesgo (zonas de inundación, pendientes fuertes e inestables, áreas degradadas y contaminadas, etc.). Pero también existen otras causas, como el mal funcionamiento de los sistemas de protección de desastres, la ausencia o deficiente planificación preventiva (análisis de riesgo, prevención, mitigación de desastres), la falta de políticas, las estrategias e instrumentos para el manejo de cuencas y para el desarrollo humano.

Las consecuencias económicas y sociales de los desastres generalmente afectan a las personas por muchos años, y pueden terminar con logros del desarrollo e intensificar la pobreza y la desigualdad. Los

desastres son generadores de daños físicos, sociales, económicos y ambientales significativos, e incluso irreversibles cuando las sociedades afectadas no están bien preparadas para afrontarlos ni para reducir sus impactos negativos. Escenarios dramáticos se presentan particularmente en las poblaciones pobres y excluidas, las cuales, por esas condiciones, resultan las mayores y principales víctimas y las que más dificultades tienen para recuperarse.

Las pérdidas por desastres son cuantiosas e influyen en el proceso de desarrollo de los países; además, afectan a todos los sectores socioeconómicos de manera directa e indirecta. Durante los últimos 20 años, los desastres han causado la pérdida de aproximadamente tres millones de vidas en el mundo; han afectado de manera adversa por lo menos a 900 millones de personas adicionales, y han causado pérdidas por más de 60.000 millones de dólares en daños a la propiedad.

En América Latina también los desastres naturales se han presentado cada vez con mayor capacidad destructiva. En 1985, varios terremotos devastadores asolaron las zonas urbanas de Chile y México y causaron la muerte de más de 10.000 personas. El mismo año, la erupción del volcán Nevado del Ruiz, en Colombia dejó un saldo de 23.000 víctimas. Los huracanes han cobrado miles de vidas y han provocado grandes destrozos de infraestructura y servicios básicos en el Caribe, Venezuela, Perú, Centroamérica y México. En 1998, una sola tormenta -el huracán Mitch- costó la vida de cerca de 10.000 personas en cinco países e igual número de desaparecidos; además, provocó la pérdida de muchos años de inversiones en desarrollo económico y social. Las recientes inundaciones (octubre del 2005) en el sur de México, Guatemala y El Salvador han llevado a la declaración del estado de calamidad nacional en estos últimos dos países.

Mucha de la destrucción causada por los desastres se puede evitar. La gestión del riesgo se refiere a la capacidad de una comunidad de manejar y transformar las condiciones que permiten o favorecen un desastre, antes de que este ocurra. La gestión del riesgo se fundamenta en el conocimiento de los factores (amenazas y vulnerabilidad) que al combinarse producen efectos negativos (desastre) en una comunidad y el ambiente.

¹ Webster PJ; Holland, GJ; Curry JA; Chang HR. 2005. Changes in tropical cyclone number, duration, and intensity in a warming environment. *Science* 309: 1844-1846.

Además la gestión del riesgo ayuda a calcular cualitativa y cuantitativamente los efectos, a fin de prevenirlos, evitarlos y mitigarlos, interviniendo en las causas que los producen o favorecen. En todo ese proceso es necesaria una participación amplia y sostenida de las comunidades, los gobiernos locales, gobiernos centrales, organizaciones no gubernamentales, grupos organizados, instituciones, donantes y cooperantes internacionales.

La relación entre desarrollo y desastres se ha ido haciendo cada vez más evidente y la gestión del riesgo se empieza a reconocer como una inversión eficaz e inmensamente más económica y humana que la rehabilitación. Sin embargo, la capacidad de los países en desarrollo para incluir el concepto subyacente en sus políticas nacionales es aún limitada, ya que es principalmente la población pobre de las zonas afectadas la que sufre las pérdidas y problemas correspondientes. Urge, entonces, que la gestión del riesgo se incluya como un componente obligatorio de los proyectos y programas de desarrollo; mientras tanto, la solidaridad, el compromiso y la cooperación real y generosa deben guiar los sentimientos y actuaciones de nuestra sociedad.

El manejo integrado de los recursos naturales en el marco de las cuencas hidrográficas, con alternativas viables en términos económicos, sociales y ambientales representa una vía idónea para la mitigación y reducción de la vulnerabilidad a los desastres naturales. Los esfuerzos de prevención, preparación, mitigación y reconstrucción en casos de desastres deben tomar en cuenta los vínculos fundamentales que existen entre la actividad humana, los procesos naturales y las interdependencias entre las parte alta, media y baja de las cuencas hidrográficas.

Los recursos físicos y biológicos de las cuencas hidrográficas proporcionan bienes y servicios a las poblaciones humanas, incluida la protección de las fuentes hídricas, mitigación de los efectos de los desastres naturales mediante la regulación de la escorrentía, la protección de los recursos costeros y la pesca, la protección de las zonas edificadas (viviendas, transporte y demás infraestructura económica y social) y la protección de la agricultura en tierras bajas de alta productividad. Así, la gestión de cuencas hidrográficas y la gestión del riesgo constituyen componentes inseparables para enfrentar el desafío de la reducción de desastres, pues existe total consenso entre los especialistas en que los desastres no son naturales.

*Francisco Jiménez
Coordinador del Grupo Manejo
Integrado de Cuencas Hidrográficas
CATIE
fjimenez@catie.ac.cr*